






*De
lugares
extraños*





ANTOLOGÍA DE JUAN GUSTAVO COBO BORDA



1. "EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS". ANTÓN CHÉJOV
2. "SOLO". GUY DE MAUPASSANT
3. "ÁFRICA MÍA". ISAAC DINESEN
4. "LA VIDA CORTA Y FELIZ". ERNEST HEMINGWAY
5. "LOS PERROS LADRAN". TRUMAN CAPOTE
6. "EL RAYO QUE CAYÓ DOS VECES". AUGUSTO MONTERROSO
7. "EL PRÓXIMO MES ME NIVELO". JULIO RAMÓN RIVEYRO
8. "MEJOR QUE ARDER". CLARICE LISPECTOR
9. "UN DÍA DE ESTOS". GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ
10. "EL ÚLTIMO ROSTRO". ÁLVARO MUTIS



* Para lograr esta edición, Juan Gustavo Cobo Borda, poeta y ensayista colombiano, nos colaboró con la lista de sus cuentistas favoritos. Cualquiera de ellos es fabuloso, dijo. Nosotros mencionamos uno en cada caso. Gracias, Juan Gustavo.

Virgilio Piñera

En el insomnio

El hombre se acuesta temprano. No puede conciliar el sueño. Da vueltas, como es lógico, en la cama. Se enreda entre las sábanas. Enciende un cigarro. Lee un poco. Vuelve a apagar la luz. Pero no puede dormirse. A las tres de la madrugada se levanta. Despierta al amigo de al lado y le confía que no puede dormir. Le pido consejo. El amigo le aconseja que haga un pequeño paseo a fin de cansarse un poco. Que en seguida tome una taza de tilo y que apague la luz. Hace todo esto pero no logra dormir. Se vuelve a levantar. Esta vez acude al médico. Como siempre sucede, el médico habla mucho pero el hombre no se duerme. A las seis de la mañana carga un revólver y se levanta la tapa de los sesos. El hombre está muerto, pero no ha podido quedarse dormido. El insomnio es una cosa muy persistente.

William Ospina

A ROMA

Cuando Tomás de Aquino iba hacia Roma, vio venir al pueblo elegido.

—Deteneos— gritó. Roma está a vuestras espaldas.

—Otra es la ciudad que buscamos— dijo desde su barba el Patriarca.

—Nada hallaréis por este rumbo,— les respondió Tomás —sino barro y

arena. Roma, en cambio, es templos y ángeles.

—No queremos encontrar templos y ángeles— dijo el Patriarca. —Queremos barro y arena para hacerlos.

Tomás de Aquino siguió su camino en silencio, pero no llegó a Roma.

Jorge Luis Borges

El desierto

A unos trescientos o cuatrocientos metros de la Pirámide me incliné, tomé un puñado de arena, lo dejé caer silenciosamente un poco más lejos y dije en voz baja: Estoy modificando el Sahara. El hecho era mínimo, pero las no ingeniosas palabras eran exactas y pensé que había sido necesaria toda mi vida para que yo pudiera decirlas. La memoria de aquel momento es una de las más significativas de mi estadía en Egipto.

1982

Un cúmulo de polvo se ha formado en el fondo del anaquel, detrás de la fila de libros. Mis ojos no lo ven. Es una telaraña para mi tacto.

Es una parte ínfima de la trama que llamamos la historia universal o el proceso cósmico. Es parte de la trama que abarca estrellas, agonías, migraciones, navegaciones, lunas, luciérnagas, vigiliadas, naipes, yunques, Cartago y Shakespeare.

También son parte de la trama esta página, que no acaba de ser poema, y el sueño que soñaste en el alba y que ya has olvidado.

¿Hay un fin en la trama? Schopenhauer la creía tan insensata como las caras o los leones que vemos en la configuración de una nube. ¿Hay un fin de la trama? Ese fin no puede ser ético, ya que la ética es una ilusión de los hombres, no de las inescrutables divinidades.

Tal vez el cúmulo de polvo no sea menos útil para la trama que las naves que cargan un imperio o que la fragancia de nardo.

Ginebra

De todas las ciudades del planeta, de las diversas e íntimas patrias que un hombre va buscando y mereciendo en el decurso de los viajes, Ginebra me parece la más propicia a la felicidad. Le debo, a partir de 1914, la revelación del francés, del latín, del alemán, del expresionismo, de Schopenhauer, de la doctrina del Buddha, del Taoísmo, de Conrad, de Lafcadio Hearn y de la nostalgia de Buenos Aires. También la del amor, la de la amistad, la de la humillación, y la de la tentación del suicidio. En la memoria todo es grato, hasta la desventura. Esas razones son personales; diré una de orden general. A diferencia de otras ciudades, Ginebra no es enfática. París no ignora

que es París, la decorosa Londres sabe que es Londres, Ginebra casi no sabe que es Ginebra. Las grandes sombras de Calvino, de Rousseau, de Amiel y de Ferdinand Hodler están aquí, pero nadie las recuerda al viajero. Ginebra, un poco a semejanza de Japón, se ha renovado sin perder sus ayer. Perduran las callejas montañosas de la Vieille Ville, perduran las campanas y las fuentes, pero también hay otra gran ciudad de librerías y comercios occidentales y orientales.

Sé que volveré siempre a Ginebra, quizá después de la muerte del cuerpo.

Jorge Luis Borges

UNA PESADILLA

Cerré la puerta de mi departamento y me dirigí al ascensor. Iba a llamarlo cuando un personaje rarísimo ocupó toda mi atención. Era tal alto que yo debí haber comprendido que lo soñaba. Aumentaba su estatura un bonete cónico. Su rostro —que no vi nunca de perfil— tenía algo de tártaro o de lo que yo imagino que es tártaro y terminaba en una barba negra, que también era cónica. Los ojos me miraban burlescamente. Usaba un largo sobretodo negro y lustroso, lleno de grandes discos blancos. Casi tocaba el suelo. Acaso sospechando que soñaba, me atreví a preguntarle no sé en qué idioma por qué vestía de esa manera. Me sonrió con sorna y se desabrochó el sobretodo. Vi

que debajo había un largo traje enterizo del mismo material y con los mismos discos blancos, y supe —como se saben las cosas en los sueños— que debajo había otro.

En aquel preciso momento sentí el inconfundible sabor de la pesadilla y me desperté.

Los sueños

Mi cuerpo físico puede estar en Lucerna, en Colorado o en El Cairo, pero al despertarme cada mañana, al retomar el hábito de ser Borges, emerjo invariablemente de un sueño que ocurre en Buenos Aires. Las imágenes pueden ser cordilleras, ciénagas con andamios, escaleras de caracol que se hunden en sótanos, médanos cuya arena debo contar, pero cualquiera de esas cosas es una bocacalle precisa del barrio de Palermo o del Sur. En la vigilia estoy siempre en el centro de una vaga neblina luminosa de tinte gris o azul; veo en los sueños o converso con muertos, sin que ninguna de esas dos cosas me asombre. Nunca sueño con el presente, sino con un Buenos Aires pretérito y con las galerías y claraboyas de la Biblioteca Nacional, en la calle México. ¿Quiere todo esto decir que, más allá de mi voluntad y de mi conciencia, soy irreparablemente, incomprensiblemente porteño?

Madrid, julio de 1982

El espacio que puede ser parcelado en varas, en tardas o en kilómetros; el tiempo de la vida no se ajusta a medidas análogas. Acabo de sufrir una quemadura de primer grado; el médico me dice que debo permanecer diez o doce días en esta impersonal habitación de un hotel de Madrid. Sé que esa suma es imposible; sé que cada día consta de instantes que son lo único real y que cada uno tendrá su peculiar sabor de melancolía, de alegría, de exaltación, de tedio o de pasión. En algún verso de sus Libros Proféticos, William Blake aseveró que cada minuto consta de sesenta y tantos palacios de oro con sesenta y tantas puertas de hierro; esta cita sin duda es tan aventurada y errónea como el original. Parejamente el Ulysses de Joyce cifra las largas singladuras de la Odisea en un solo día de Dublín, deliberadamente trivial.

Mi pie me queda un poco lejos y me manda noticias, que se parecen al dolor y no son el dolor. Siento ya la nostalgia de aquel momento en que sentiré nostalgia de este momento. En la memoria el dudoso tiempo de la estadía será una sola imagen. Sé que voy a extrañar ese recuerdo cuando esté en Buenos Aires. Quizá esta noche sea terrible.

Juan Guillermo Duque

EN LA CALLE

Cuando descubrió que sólo le quedaba un billete de dos mil pesos en el bolsillo, se dio cuenta de que ya había desperdiciado todo lo que tenía y que era demasiado tarde. Las calles frías y sombrías surgieron de forma implacable alrededor de sus pasos, y ahora se derrumbaba con la cara hacia el pavimento. Pudo haber sido acuchillado por un feroz delincuente que considerara risible la suma que obtenía con su trabajo. Nada de eso era un secreto para él, sin embargo no le preocupaba; estaba ebrio. Caminante solitario. Pobre hombre que se da cuenta de su pequeñez, de que no vale nada en absoluto.

Tomó asiento en una banquilla. Invitó a una callejera para que se sentara a su lado, una desconocida a quien comentaba entre risas su situación. Ella lo abandonó; no tenía con qué pagar su tiempo. Así las cosas —pensó—, lo mejor sería sacar dinero del cajero. Al acercarse a uno se dio cuenta de que ni siquiera tenía sus documentos, estaba en la calle, en la calle. Sacó un cigarro, y siguió su torcido camino hacia ninguna parte. Horas antes tenía dinero, pero lo había desperdiciado. No obtuvo nada, se quedó dormido y además, le vaciaron los bolsillos. Cuando despertó, recordó confusamente lo que había pasado y bendijo que no se llevaran sus cigarros. Así es la vida, repetía mien-

tras le entregaba al ladrón lo poco que le quedaba, así es la vida, mientras expiraba su última bocanada de humo.

Ítalo Calvino

Las ciudades y el deseo

De dos maneras se llega a Despina: en barco o en camello. La ciudad se presenta diferente al que viene de tierra y al que viene del mar.

El camellero que ve despuntar en el horizonte del altiplano los pináculos de los rascacielos, las antenas radar, agitarse las mangas de ventilación blancas y rojas, echar humo las chimeneas, piensa en un barco, sabe que es una ciudad pero la piensa como una nave que lo saque del desierto, un velero que esté por partir, con el viento que ya hincha las velas todavía sin desatar, o un vapor con la caldera vibrando en la carena de hierro, y piensa en todos los puertos, en las mercancías de ultramar que las grúas descargan en los muelles, en las hosterías donde tripulaciones de distinta bandera se rompen la cabeza a botellazos, en las ventanas iluminadas de la planta baja, cada una con una mujer que se peina.

En la neblina de la costa el marinero distingue la forma de una giba de camello, de una silla de montar bordada de flecos brillantes entre dos gibas man-

chadas que avanzan contoneándose, sabe que es una ciudad pero la piensa como un camello de cuyas albardas cuelgan odres y alforjas de frutas confitadas, vino de dátiles, hojas de tabaco, y ya se ve a la cabeza una larga caravana que lo lleva del desierto del mar hacia el oasis de agua dulce a la sombra dentada de las palmeras, hacia palacios de espesos muros encalados, de patios embaldosados sobre los cuales bailan descalzas las danzarinas, y mueven los brazos un poco dentro del velo, un poco fuera.

Cada ciudad recibe su forma del desierto al que se opone; y así ven el camellero y el marinero a Despina, ciudad de confín entre dos desiertos.

Lincoln Bent

EN MONTREAL

Como internacionalista siempre había hecho una evaluación categórica de la masacre de Rwanda entre Hutus y Tutsis. Por inercia calificaba el hecho como una de las mayores barbaries que había visto la humanidad, en un acto que dejaba sin piso el humanismo de los humanos. Todo eso cambió drásticamente cuando conocí a Carmen, la hija de un Ministro Hutu quien hoy vive exiliada en Canadá por temor a que hagan con ella lo mismo que el gobierno, del que su padre formó parte, hizo con los Tutsis.

Los primeros relatos vívidos que tuve

sobre el conflicto en Rwanda vinieron de Popo, un cantante Tutsi que conocí en Montreal, quien hablaba constantemente de la crueldad de los hechos y que superaban cualquier relato que haya leído al respecto. Cada vez que lo veía, me comentaba que algún miembro de su familia había sido asesinado por los machetes y hachas de las milicias Hutu, y los que mejor suerte tuvieron, fueron ultimados rápidamente con un tiro en la cabeza. Eso lo único que hizo fue reforzar la noción de la inclemencia con la que el gobierno Hutu había manejado el inconformismo de los Tutsis, razón por la cual sus miembros merecían ser juzgados con la mayor severidad posible. Éste es, básicamente el dogma que se predica sobre el tema en la teoría de las relaciones internacionales.

Carmen apareció en escena durante una fiesta de la Asociación de Estudiantes Africanos de la Universidad de McGill. Por una amiga en común, supe que había tenido que escapar de Rwanda por amenazas contra su vida durante el genocidio; en un periplo que la llevó de Kigali a Madrid, luego a Québec City y, finalmente, a Montreal, lugar de donde hoy su padre corre el riesgo de ser extraditado, hacia una muerte segura.

Las conversaciones con ella sobre el tema siempre fueron muy cautas y respetuosas ante la realidad de su nación. Popo, por otro lado, no ahorra

esfuerzos en hacerme entender que su comunidad estaba siendo masacrada por los Hutus, incluso años después de la finalización oficial del conflicto.

Cuesta creer que un miembro del gobierno Hutu de la época pudiera estar al margen de las muertes, aunque también es probable que el padre de Carmen no haya incitado a la violencia directamente, como explica su familia. En cualquier caso, es imposible eximirlo de toda responsabilidad. Cuesta también encontrar explicación o excusa ante lo que yo sigo considerando como uno de los peores episodios de la historia moderna, pero el pragmatismo mental sobre este tema se acaba, máxime cuando se conoce a personas, a muy buenas personas, que de una u otra forma, estuvieron involucradas.

Mientras la amistad surgía veía clases con los mejores teóricos en relaciones internacionales de Canadá, quienes reforzaban los paradigmas establecidos desde la Universidad del Rosario sobre ese hecho, pero conocer a alguien directamente involucrado y llegar a considerarlo como una excelente persona y amiga, chocaba con lo que había aprendido y me sumergía en una confusión infinita. Como internacionalista, ¿debo hacer evaluaciones con el dogma o con la pasión subjetiva de estar haciéndome una idea, ya no sólo sobre un hecho impersonal, sino ahora sobre ese mismo hecho con la cara de mi amiga y su familia?

El conflicto generado en ese momento sigue hasta hoy, es más, se refuerza cada vez que hablo con ella, sé que está muy cerca de perder a su padre debido a la extradición que la Corte Suprema de Canadá está próxima a dictar. Ellos son buenas personas, pero participaron en un acto que siempre he condenado. La cuestión es que conocerlos los hace mejores personas, por lo tanto, merecedores de algo que su padre le negó a muchos Tutsis, la oportunidad de vivir.

A partir de ese momento, abandoné el fundamentalismo, propio de los internacionalistas, que nos lleva a creer que lo sabemos todo y que no hay nada que no se explique con Morgenthau, Keohane, Maquiavelo o cualquier otro teórico. Hoy digo con todo el orgullo del mundo, que mi subjetividad pudo más que cinco años de teoría sobre la responsabilidad de los gobiernos, Corte Penal Internacional, Interdependencia y todas esas cosas. No sé si eso me hace mejor o peor profesional, pero me alegra no haber perdido ese toque humano que la impersonal teoría no soporta. Lo que si sé es que a partir de ese momento dejé de utilizar como frase de batalla: “Es que estás siendo subjetivo”, frase que descalifica cualquier argumento, sobre todo porque una vez lo usé en una discusión con una amiga y la respuesta fue un contundente: “Cómo no serlo si somos sujetos”.